

C. S. Lewis: El Veneno del Subjetivismo

Por Marc Hays

“Poco después de su conversión en 1929, C. S. Lewis le escribió a un amigo: ‘Cuando se ha dicho todo (y verdaderamente dicho) acerca de las divisiones en la Cristiandad, queda ahí, por la misericordia de Dios, un enorme terreno común.’ Desde ese tiempo en adelante Lewis pensó que el mejor servicio que podía hacer para sus prójimos no creyentes era explicar y defender la creencia que ha sido común a casi todos los cristianos en todos los tiempos – ese ‘enorme terreno común’ al que usualmente se refería como ‘Cristianismo y nada más.’” De esta manera inicia el prefacio de Walter Hooper a su colección de ensayos de C. S. Lewis titulada **Reflexiones Cristianas**, publicada en 1966, tan sólo tres años después de la muerte de Lewis.

Los ensayos giran alrededor de diversos tópicos, pero están unidos bajo el estandarte de la lógica prístina y el compromiso férreo de Lewis a la fe cristiana. He aquí un extracto del ensayo, “El Veneno del Subjetivismo.”

Si “bueno” y “mejor” son términos que derivan su significado sólo de la ideología de cada persona, entonces, por supuesto, las ideologías en sí mismas no pueden ser mejores o peores que alguna otra. A menos que la vara de medir sea independiente de las cosas medidas, no podemos medir. Por la misma razón es inútil comparar las ideas morales de una era con las de otra; progreso y decadencia son, igualmente, palabras carentes de significado.

Todo esto es tan obvio que equivale a una proposición idéntica. Pero cuán poco se entiende ahora se puede evaluar por el procedimiento del reformador moral quien después de decir que “bueno” significa “aquello que nos gusta y a lo cual estamos condicionados” sigue adelante alegremente para considerar si podría ser “mejor” que fuésemos condicionados a que nos guste algo más. ¿Qué diantres quiere dar a entender cuando dice “mejor”?

Generalmente tiene, en la parte posterior de su mente, la noción de que si arroja el juicio de valor tradicional, encontrará algo más, algo más “real” o “sólido” sobre lo cual basar un nuevo esquema de valores. Dirá, por ejemplo, “Debemos abandonar los tabúes irracionales y basar nuestros valores en el bien de la comunidad” – como si la máxima “Promoverás el bien de la comunidad” fuese algo más que una variante polisilábica de ‘Haz como quisieras que te hicieran’ que no tiene en sí misma otra base que el viejo juicio de valor universal que él afirma que está rechazando. O se esforzará por basar sus valores en la biología y nos dirá que debemos actuar así y así para la preservación de nuestra especie. Aparentemente no

anticipa la pregunta, ‘¿Por qué debiese ser preservada la especie?’ Da por sentado que así debería ser, porque en realidad está basándose en juicios tradicionales de valor. Si estuviese comenzando, como pretende, con una pizarra en blanco, jamás llegaría a este principio. A veces trata de hacerlo apoyándose en el “instinto.” “Tenemos el instinto de preservar nuestra especie,” puede decir. Pero, ¿lo tenemos? ¿Y si lo tenemos, quién nos dijo que debemos obedecer a nuestros instintos? ¿Y por qué debiésemos obedecer este instinto de cara a muchos otros que entran en conflicto con la preservación de la especie? El reformador sabe que algunos instintos han de ser obedecidos más que otros sólo porque está juzgando a los instintos por un estándar, y el estándar es, una vez más, la moralidad tradicional que él afirma que está sustituyendo. Los instintos en sí obviamente no pueden proporcionarnos la base para graduar los instintos en una jerarquía. Si no traes un conocimiento de su respetabilidad comparativa a tu estudio de ellos, jamás puedes derivarlo a partir de ellos.

El ensayo tiene tan sólo diez páginas de extensión pero no debe ser despreciado por su brevedad. Su tesis principal gira alrededor de una afirmación de la Ley Natural que es común a todos los hombres en todo lugar y tiempo. Incluso discute lo que los teólogos Reformados acuñaron como los ‘efectos noéticos de la Caída,’ aunque no utiliza esa frase. Cerca del final, Lewis discute el hecho de que el Cristianismo es trinitario y este correcto entendimiento del Dios que es nos ayuda a reconciliar la relación entre ‘Dios’ y el ‘bien.’ Él conjetura “que Dios ni obedece ni crea la ley moral. El bien es increado; jamás podría haber sido de otro modo; no tiene sombra de contingencia..”

Lewis concluye con algunos ejemplos de las secuelas prácticas del subjetivismo:

Dios no es simplemente bueno, sino bondad; la bondad no es simplemente divina, sino Dios.

Estas pueden parecer especulaciones bien hilvanadas; no obstante, creo que nada menos que esto puede salvarnos. Un Cristianismo que no vea la experiencia moral y religiosa convergiendo para encontrarse en la infinidad, no en un infinito negativo, sino en el infinito positivo del Dios vivo y súper personal, no tiene nada, a largo plazo, que lo separe de la adoración del diablo; y una filosofía que no acepte el valor como eterno y objetivo nos puede dirigir únicamente a la ruina. Y tampoco el asunto es de importancia meramente especulativa. Más de un “planificador” popular en una plataforma democrática, más de un científico de mirada tranquila en un laboratorio democrático quiere dar a entender, como último recurso, sólo lo que el Fascista quiere dar a entender. Él cree que “bueno”

significa cualquier cosa que los hombres han sido condicionados a aprobar. Él cree que es su función y de los hombres de su clase condicionar a los hombres; crear conciencias por medio de la eugenesia, la manipulación psicológica de los infantes la educación estatista y la propaganda de masas. Debido a que está confundido, no se da cuenta aún plenamente que aquellos que crean conciencia no pueden ser sujetos ellos mismos a la conciencia. Pero debe despertar a la lógica de su posición tarde o temprano; y cuando lo haga, ¿qué barrera habrá aún entre nosotros y la división final de la raza en unos pocos condicionadores que se ubiquen ellos mismos por fuera de la moralidad y los muchos condicionados en quienes tal moralidad que los expertos escogieron es producida según el placer de los expertos? La idea misma de libertad presupone alguna ley moral objetiva que se extiende por sobre los gobernantes y gobernados por igual. El subjetivismo con respecto a los valores es eternamente incompatible con la democracia. Nosotros y nuestros gobernantes somos de una clase en tanto que estemos sujetos a una ley. Pero si no hay Ley de la Naturaleza, el ethos de cualquier sociedad es la creación de sus gobernantes, educadores y condicionadores; y todo creador se ubica por sobre y fuera de su creación.

Este artículo fue publicado originalmente en inglés y está disponible en la siguiente dirección: <http://www.kuyperian.com/c-s-lewis-poison-subjectivism/>

El libro “Reflexiones Cristianas” en Amazon: <http://goo.gl/CitcnO>

Traducción de Donald Herrera Terán para www.contra-mundum.org